



LOS SÁDICOS DEL PANTANO

Una de las víctimas de Ian Brady y Myra Hindley fue la niña de diez años Ann Downey, cuyo cuerpo fue enterrado en las landas de Manchester. En la foto, la madre de la criatura presencia los trabajos de búsqueda, que duraron varios días y en los que intervinieron numerosas personas, entre vecinos y policías.

JAMAS se había visto nada parecido en Inglaterra. Seis enormes policías, discretamente armados de porras, se alineaban ante la caja de cristal a prueba de disparos en la que se encontraban los acusados que estaban siendo juzgados por el Tribunal de Chester, a una veintena de kilómetros de Manchester. Su misión era contener a un público que, sin su presencia, se hubiese lanzado a ellos para lincharlos. Por este mismo temor, cada noche, después de la audiencia, los acusados eran trasladados a una prisión distante treinta kilómetros, en la que los criminales se negaban a salir de sus celdas a la hora del paseo, por la mañana, por temor a ser atacados por sus compañeros de reclusión.

Ian Brady y Myra Hindley habían sido acusados de crímenes tan atroces que treinta mil personas firmaron, tras su detención, una solicitud para que fuese restablecida la pena de muerte y les fuese aplicada.

gustos especiales

Ian Brady (veintisiete años) y Myra Hindley (veintitrés) fueron condenados finalmente por haber asesinado a Edward Evans (diecisiete años), Lesley Ann Sowney (diez) y John Kilbride (doce). La Policía parece tener al menos la convicción de que mataron a otros dos niños más. El rumor público llegó a afirmar que las víctimas sumaban una docena... En Londres, el «caso de los sádicos del pantano» era comentado con vergüenza; en Manchester, los comentarios eran de rabia.

Ian Brady tiene cabeza de hurón, limpio y peinado. Cuando sonríe su aspecto se hace simpático. Pero casi nunca sonríe... Myra Hindley es una rubia platino vulgar, pero de ninguna manera fea. De ellos se han dicho muchas cosas, porque cabe pensarlos todo: que se entienden perfectamente, que tienen «gustos especiales», que cada uno de ellos hacía de sádico con el otro...

Se dijo también que el principal

testigo de cargo, David Smith, estuvo mezclado, por lo menos, en uno de los crímenes, pero que la Policía evitó inculparlo para poderlo conservar como testigo.

un coleccionista

Cuando se celebró la instrucción del proceso fueron demostrados los siguientes hechos: Ian y Myra eran tipos conocidos en el miserable y crapuloso barrio de Gorton, en Manchester. En 1959, Brady se hallaba empleado en una empresa de productos químicos. Era un sujeto atildado e introvertido; no mantenía, prácticamente, contacto con nadie y vivía, sin mayores incidentes, con su madre. En 1961, Myra Hindley, que residía con su abuela paterna, ingresó en la misma empresa como taquimecanógrafa. Brady y Myra se gustaron, empezaron a salir juntos, terminaron por no separarse jamás y en septiembre de 1964 ya eran amantes y se fueron a vivir juntos a una casita en la que una vieja de sesen-

ta y siete años ocupaba una habitación en el primer piso.

Entre tanto, Maureen Hindley, hermana de Myra, que contaba diecinueve años, se fue a vivir con ellos y allí fue donde conoció a David Smith, que tenía diecisiete, con el que se casó en agosto de aquel mismo año. Las dos parejas se reunían frecuentemente. Brady, que, al decir de las gentes que lo conocían, nunca fue demasiado inteligente, poseía sobre los otros una considerable ascendencia, especialmente sobre Myra, pero también sobre Smith, a quien le declaró sus manías, su gusto por coleccionar libros obscenos, fuesen de la calidad que fuesen, y entre ellos los de Sade, de los que comprendía muy poco, pero que le gustaba leer en voz alta ante Smith, quien comprendía menos todavía. La diversión favorita de la pandilla eran los paseos en coche alquilado por los «moors» cercanos a Manchester. Los «moors» son landas negras y verdes, sembradas de juncos en las que crecen, aquí y allá, algunos arbustos

torturados por el viento. En ese bello y fúnebre paisaje los dos hombres se entretenían haciendo ejercicios de tiro con una pistola.

de diecisiete a veinte años

En aquellas excursiones y en otros encuentros, Brady fue adoctrinado a Smith. Le había revelado ya su afición a una especial literatura y después le sugirió la posibilidad de ponerla en práctica: «Con los crímenes es fácil ganar dinero». Le habló del asalto a un Banco. Smith, fascinado, no dijo que no, pero puso como condición que en el atraco emplearan balas sin posta. Brady quería balas de verdad y ante las reticencias de Smith y como para aplacarlas, le dijo que él ya había matado a varias personas y que las había enterrado en los «moors» sin ningún riesgo, porque las víctimas habían sabido escogerlas entre los dieciséis y los veinte años. Siendo así, dijo, su desaparición hizo suponer a la Policía que se trataba de muchachos que habían huido de sus casas y no los buscaron seriamente.

Después, las relaciones entre las dos parejas se espaciaron. Cuando los Smith llegaban a casa de los Brady sin aviso previo se les recibía sin entusiasmo e incluso no se les dejaba entrar con el pretexto de que tenían invitados.

El 6 de octubre de 1965, a las once y media de la noche, Myra Hindley se presentó en casa de los Smith y, con el pretexto de enviar un recado a su madre, consiguió ausentar a su hermana. Entonces pidió a David que la acompañara, alegando que la noche estaba oscura y no se veía bien en las calles. Smith cogió un bastón y salieron.

Llegaron a casa de los Brady. Ian ofreció vino a David y fueron juntos a buscarlo a la cocina, donde éste se quedó mientras su anfitrión volvía al salón. Un minuto más tarde, Smith, según declaró, oyó un terrible aullido y la voz de Myra que le llamaba: «¡David, ven a ayudar!». Con su bastón en la mano, Smith corrió al salón. He aquí lo esencial de su interrogatorio por el juez Mars Jones.

una arpillera

Smith.—Al principio, vi a Myra a mi derecha y después a aquel muchacho que yo no conocía (era Edward Evans, diecisiete años), con las piernas por tierra, el torso sobre el diván. Ante él, plantado, estaba Brady, golpeándolo con todas sus fuerzas en la cabeza con un hacha.

—¿Qué hacía Evans?

Smith.—Daba alaridos. Después cayó al suelo retorciéndose y arrastrándose para evitar los golpes.

—¿Qué hizo Brady?

Smith.—Lo sujetó y continuó golpeándolo hasta que, por fin, Evans dejó de gritar. Yo abandoné mi bastón. Sentía miedo. Brady, con una mano sobre la rodilla, se inclinó sobre el chico, que gemía. De nuevo cogió el hacha y le golpeó en el cráneo. Evans gemía cada vez más débilmente hasta que se oyeron sus estertores. Brady esperó un instante y volvió a golpearle. Luego echó sobre el cuerpo de su víctima unos cojines. No había cesado en todo el tiempo de llamarle cerdo. Le echó una cuerda al cuello y apretó. Evans exhaló los últimos gemidos. Brady soltó la cuerda y volviéndose hacia Myra le dijo: «Ya está. Este ha sido el más asqueroso». Se levantó, encendió la lámpara y pidió a Myra que le llevara agua, jabón, un pedazo de tela y una arpillera.

—Mientras Brady golpeaba, ¿qué hacía Myra?

Smith.—No me acuerdo.

—¿Dijo algo?

Smith.—No, ella se limitaba a mirar.

—Cuando Brady le dijo que fuese a buscar con qué quitar las manchas, ¿le obedeció ella?

Smith.—Sí. Salió del salón. Había sangre en las paredes, en el suelo, en la puerta, por todas partes. Cuando Myra salió, Brady se limpió las manos con un pañuelo y encendió un cigarrillo. Después cogió una botella de vino que había sobre la mesa y me la ofreció. Bebí un trago.

—¿Por qué un sólo trago?

Smith.—No tenía ganas de beber. Sentía náuseas. (La declaración continúa.) Durante la ausencia de Myra, Brady me entregó el hacha y me dijo: «Sopésala. ¡Qué chaval tan duro!».

«te acuerdas...»

Myra volvió con lo que le habían pedido. Estaba absolutamente tranquila.

Smith.—El muerto seguía allí. Cuando se dió fin a la limpieza, Brady pidió a Myra que fuese a buscar trapos, una sábana de plástico y una colcha. Myra abandonó la habitación y regresó con todo aquello. Ayudada por Brady, extendieron las telas en el suelo y éste, señalando a Evans, me dijo: «Ayúdame a levantarlo». Lo cogió por los hombros y yo por los pies. En ese momento me di cuenta por primera vez de que el pantalón de Evans estaba abierto. Se le envolvió en los trapos y se le subió al primer piso, a la habitación de Myra.

—Mientras usted le llevaba, ¿dijo Brady alguna cosa?

Smith.—Sí, dijo: «Eddy, es un peso muerto». Esto le hizo reír a carcajadas y Myra también rió.

—Y usted, ¿rió?

Smith.—No. Me sentía mal.

—¿Qué hicieron cuando bajaron al salón?

Smith.—Brady cogió un saco de viaje y comenzó a recoger los mechones de pelo que había extendidos por el suelo.

—¿Los cabellos de quién?

Smith.—Los cabellos de Evans, me imagino.

—¿Metió en el saco alguna otra cosa?

Smith.—Sí, pequeños pedazos de huesos.

Smith dijo también que había pedido a Myra que recogiera algo que parecía un pedazo del cráneo de Evans, pero Myra se negó. La limpieza había terminado y se pusieron a tomar el té. El juez Mars Jones, preguntó cuál fue la conversación a partir de entonces.

Smith.—Hablamos. Myra se instaló, en un sillón, con los pies sobre la mesita, y dijo a Brady: «¿Te acuerdas cuando fuimos a los «moors» con un cadáver en el portamaletas del coche? ¿Y cuando te estuve esperando mientras tú cavabas una tumba y se me acercó un «poli» para preguntarme si es que habíamos sufrido una avería?».

Después, se hicieron planes; se llevaría el cuerpo en una carretilla hasta el coche y se le enterraría en los «moors».

Smith.—Yo tenía la impresión de que ellos contaban conmigo para que les acompañara.

dos maletas

Fin de la sesión. Se citaron para las cinco de la madrugada. Smith regresó a su casa a las tres. Se duchó, tomó el té que su mujer Maureen le había preparado y vomitó. Tres horas más tarde, desde una cabina telefónica pública, avisó a la Policía, que vino a buscarle y fueron a casa de los Brady, donde se encontraba todavía el cadáver de Evans.

Este asesinato no lo pudieron ne-



David Smith (diecisiete años), cuñado de Ian Brady, que denunció a los «sádicos del pantano» después de haber presenciado el asesinato de Edward Evans.

gar Brady y Myra Hindley. Brady se defendió explicando que se trataba de una disputa que había terminado mal. Cuando se le recordó que se había vanagloriado delante de Smith de haber matado a varias personas y de haberlas enterrado respondió: «Fue para impresionarle, para darme postín».

Empezó la investigación. En casa de los Brady, entre las hojas de un libro que pertenecía a Myra, la Policía encontró el resguardo de la consigna de una estación de ferrocarril. Allí había depositados dos maletines llenos de fotografías y de cintas magnetofónicas en las que se habían grabado escenas de sadismo y los gritos de agonía de las víctimas. Entre las fotos, se encontró una en la que aparecía Myra agachada en el mismo lugar donde fue descubierto el cadáver de John Kilbride (doce años), con los ojos aparentemente fijos en una tumba todavía abierta. También había toda una serie de fotos de Ann Downey (diez años, su cadáver fue encontrado en los «moors»). La niña aparecía desnuda, únicamente con los calcetines y los zapatos. Sobre una cama que fue identificada como la de Brady, la pareja la había obligado a adoptar posturas obscenas.

Brady y Myra reconocieron que la niña fue a su casa, traída por Smith, pero afirmaron que se volvió a marchar con él. Por lo que respecta a John Kilbride, juran que no saben nada. Pero existen las cintas magnetofónicas: en una de ellas están registrados los alaridos de un niño (casi seguro Kilbride) y la voz de Myra comentando tranquilamente lo que Brady estaba haciendo con él.

Esta cinta ha sido escuchada a puerta cerrada por viejos policías de corazón sólido. Se ignora lo que está registrado en las otras, pero se puede imaginar. Brady y Myra lo saben. El tribunal de Chester les condenó a perpetuidad...

PATRICK LORIOT

(Foto: CAMERA PRESS y ARCHIVO)

Myra Hindley (veintitrés años) e Ian Brady (veintiocho años), los diabólicos amantes de Manchester. Se les probaron tres asesinatos, pero se sospecha que cometieron más.

